

A c a r i c i a r e l a g u a , b e s a r a u n i n s e c t o

Cualquiera que decida lavarse las manos, realiza más o menos idénticas operaciones: abre la canilla, coloca las dos manos bajo el chorro, se las enjabona, las restrega varias veces, se enjuaga, se seca. En efecto, se ha lavado las manos.

En cambio, cuando yo me lavo las manos, efectúo esas mismas operaciones, pero no me lavo las manos: lo que hago es jugar afectuosamente con el agua. Que es muy otra cosa. Permito que el agua me recorra con su estilo juguetón, con su intrínseca alegría, y me doy perfecta cuenta de que se desprendió de la canilla con la exclusiva intención de venir a acariciarme; y yo le retribuyo su afecto y me dedico a acariciarla también.

Dicho de otro modo: una cosa es lavarse las manos con la encomiable intención de extraerles las partículas de suciedad que puedan haber almacenado en su contacto con el mundo externo; otra muy diferente es entablar un diálogo afectivo con el agua cariñosa, darle yo mi ternura, recibir la ternura que ella tiene para darme y que es, a todas luces, uno de sus atributos más delicados.

El de lavarse es un acto funcional, atento únicamente a la eficiencia: que las dos manos queden indemnes de cualquier mácula o residuo pernicioso. Lo mío, en cambio, es un puro intercambio gozoso, un juego gratuito pero iluminado, como son siempre los juegos del erotismo. Que no sirven para nada utilitario; sólo sirven (¡casi nada!) para que el sentimiento de unión se exprese y se realice; el amor, en suma. Que no siempre ha de ser amor por un ser humano: bien puede ser un amor muy genuino por una cosa; el agua, en este caso, que corre y que juega entre nuestras dos manos dichosas de acogerla.

Quien se lava las manos acatando las habituales razones higiénicas, lo hará de una manera mecánica, pensando por lo general en algún otro tema. Cuando yo me lavo las manos, no ocurre más nada en el universo, todo ha quedado reducido a ese intercambio lúdico de afectos: yo, que amo al agua, el agua que me ama a mí. Es que cuando el amor irrumpe -cualquier amor- desaloja a todo lo demás. El cosmos se vacía. Sólo quedan los amantes y su entrega mutua (¿y para qué más, si bien se mira?).

Por eso, cuando me lavo las manos (quiero decir: cuando juego con mi amada agua) me concentro con mis cinco sentidos en ese delicado acto sexual que el agua y yo cumplimos. El erotismo es siempre así: radical, exclusivista. No admite nada que no sea él mismo.

(No veo a qué asombrarse tanto de que podamos establecer relaciones sexuales con los objetos inanimados. No sexuales en el plano genital, se entiende. Sexuales en el sentido de un impulso abarcador y fusionador, que no deja nada fuera del ser.)

Sucede que yo creí siempre, desde niño chico, que los objetos inanimados poseen, en realidad, vida. Que sufren, se alegran, extrañan, tienen miedos, compiten, quisieran destruirse o se aman como locos. Es decir: jamás acepté que los objetos inanimados fueran inanimados. Siempre les atribuí un alma, un "ánima". Es el bien conocido "animismo infantil", del que pretendo haber sido (o ser todavía) el Sumo Pontífice. Porque lo singular es que, después de la infancia fanáticamente animista que tuve, seguí creciendo, me convertí en respetable adulto... pero el animismo se me quedó anidado en mis más ocultos mecanismos de ser. (Todavía hoy, cuando elijo una camisa para ponérmela, me aflige pensar que todas las demás, que quedarán apiladas en el estante, llorarán a lágrima viva su relegamiento...).

Demás decir que yo no le atribuyo a lo inanimado la misma forma de vida que es distintiva de la planta o del animal; y muchísimo menos la del hombre. Considero que la de los objetos es otra manera de vida, que no nos es dado comprender ni descifrar, y que sólo somos capaces de percibir valiéndonos únicamente de lo que llamaría "intuición adivinatoria" (a la que considero, dicho sea de paso, uno de los instrumentos más certeros y sutiles de que estamos dotados para la captación del mundo externo: "adivinar" como sinónimo legítimo de "conocer", cuando se trata de ciertos planos del ser demasiado soterrados).

Se entiende que este animismo adulto que yo aguerridamente sostengo, no se respalda en el más mínimo fundamento científico. No tengo forma de comprobar que aquel niño y este adulto estamos en lo cierto. Soy animista porque me lo dictó una evidencia palmaria que llevo acendrada en mis vísceras, y que ya nada me podrá arrancar.

Por lo demás, la mirada del niño o la del hombre primitivo, ¿no percibirán la realidad de un modo más elemental y directo, sin tanto rocó perceptivo o intelectual, y por lo tanto con mucha mayor hondura? El pobre niño y el pobre primitivo, en cuanto al conocimiento del mundo, siempre han llevado las de perder. Desde que el hombre es hombre (si es que lo ha sido alguna vez), el adulto y el civilizado se reservaron el monopolio y el privilegio de la verdad. Por eso mismo, me entusiasma este desquite, esta revancha que practico gracias a mi animismo militante: "Perdonen, señores adultos, mis queridos civilizados, pero en este terreno los que pierden son ustedes. Contra lo que han sostenido siempre, los objetos tienen un "ánima", una manera de vida."

Y una vez aceptada esta evidencia fundacional, sobreviene algo que sólo el niño y el salvaje (y yo) sabemos bien: puesto que los objetos tienen una cierta manera de ánima, es posible contactarnos afectivamente con ellos, comunicarnos en el plano de los sentimientos. Y ello porque, si la afectividad es lo distintivo de toda vida, habiendo afectividad hay nexo, vínculo, ya que la afectividad jamás es solipsista, supone siempre el ir hacia un otro y el venir desde un otro.

A muchos apresurados les parecerá que este vínculo afectivo con los objetos presuntamente inanimados, no tiene nada de particular ni de sorprendente: ¿no es acaso común que nos encariñemos con un amuleto que nos acompañó durante años enteros; o con una prenda que nos resultó particularmente cómoda; o con un "souvenir" comprado en una ciudad que nos sedujo más que otras? Sin embargo, en todos estos casos bien conocidos, nos ligamos a un objeto inanimado por la sola razón de que él quedó asociado a algo que nos afectó **a nosotros** de una manera o de otra. El amuleto **nos** acompañó, la prenda de vestir **nos** produjo satisfacción, el "souvenir" **nos** habla de una ciudad a la que nosotros amamos. Si se quiere, en todos estos casos, el vínculo entre nosotros y el objeto inanimado es, en rigor, un nexo entre nosotros... y nosotros. El objeto oficia a lo sumo como puente, pretexto o sostén de nuestro sentimiento.

Aquí hablo, en cambio, de una vivencia diferente por completo. Hablo de amar a un objeto por sí mismo y en sí mismo, sin que signifique nada en la vida que tuvimos, en nuestra biografía sentimental. ¿Pero es que se puede amar a una lámpara, a un río, a una puerta, por el solo hecho de ser lámpara, río, puerta, sin ligazón alguna con nuestra peripecia íntima? ¿Es posible enamorarse del agua con la que nos lavamos las manos (el agua tan querible, tan alocada)? Yo creo firmemente que sí, que es posible, en cuanto hay dos "vidas" que se comunican. Pero no sólo con el agua, la lámpara o la puerta. Puede ser también con enormes paisajes, con vastos ámbitos geográficos, que se ponen a relumbrar de pronto como si fueran el universo entero. Recordaré un episodio que sirve de ejemplo.

Quienes hayan visitado alguna vez Machu Pichu, no han podido apartar más de su memoria la imagen del Wayna Pichu; esa descomunal montaña que se agazapa con su mole oscura frente a las ruinas milenarias, separada de ellas por un ancho abismo. Tiene algo de paquidermo colosal, aposentado allí como señor absoluto del paisaje y de los siglos que transcurren impasibles por encima de su testa taciturna. No es una montaña, ¡qué va a ser una montaña! Lleva debajo de su lomo una vida majestuosa, umbría, rectora de los grandes ciclos de la existencia.

Y qué decir del aire que lo envuelve, de una cristalinidad sobrenatural. Y de la inmensidad del espacio que nos separa del Wayna. Y allá abajo, el río Urubamba, cinta de juguete cuando se lo ve desde tamaño altura. Y a nuestra espalda el enigma de las arquitecturas colosales de Machu Pichu.

No es fácil mantener la calma cuando uno está asomado ante aquel abismo, hipnotizado por el Wayna seductor. Ese balcón desde el que miramos se puebla de tentaciones oscuras, de impulsos inmanejables. ¿Uno llega a pensar en arrojarse al vacío? Sí, yo lo pensé. Pero no era un pensamiento de muerte, todo lo contrario. Era pensar en una génesis, en un nuevo nacimiento cósmico del yo. Era un deseo vehemente de integración con aquel paisaje envolvente y magnético, como buscando un contacto definitivo con lo más hondo de lo hondo del planeta.

Pero no fui capaz de llegar hasta el salto que me reclamaba, y entonces alcanzar el fondo de esa fusión que tuve tan a mano. (Y me acuerdo que pensé: "La muerte debe ser eso: lanzarse hacia el todo en un acto de fusión amorosa. Que el yo no desaparezca, sino que pase a integrarse a la globalidad que nos envuelve y nos ama").

Pero no me atreví. Fue cobardía. O quizás me reclamaban demasiadas metas por cumplir todavía, y esas metas del vivir me retuvieron.

No obstante, algo de mí quería entregar, para que al menos simbólicamente quedara yo integrado con aquella especie de matriz del mundo que sentí tan cercana. Entonces hice lo único que me pareció conducente en aquella indecisión: me saqué el reloj pulsera que llevaba en la muñeca izquierda, lo convertí en el embajador de todo lo que soy, lo apreté con fuerza en la palma de la mano y lo arrojé a los pies del Wayna. Vi caer el reloj en el vacío, dar vueltas por el aire, lo vi llegar abajo, golpear contra la tierra, y luego seguir rodando hasta que ya no lo distinguí más. Mediante esa donación de algo tan próximo, tan ligado a mis días, sentí que yo mismo había ido a conjuntarme amorosamente con el paisaje cósmico. Otra vez el diálogo fusional con lo inanimado.

Pero ese intercambio afectivo con lo Otro no siempre fue (es) con lo inanimado. Cierta vez, en una noche un poco alucinada (en que a lo mejor me visitó alguna forma de locura), besé, sí, a un insecto. De nuevo, el designio de ligarme con algo no humano.

Habían transcurrido unos cuantos años desde la anterior experiencia en Machu Pichu. Yo estaba viviendo en México, en la ciudad de Cuernavaca. En mi cuarto de hotel había instalado una mesita de trabajo iluminada por una lámpara. Una noche me dispuse a escribir algo, no recuerdo qué. Coloqué un papel en blanco sobre la mesa, bajo la luz de la lámpara, y me quedé reconcentrado, pronto a empezar.

Pero no había escrito nada todavía, cuando de pronto se posa un bichito minúsculo encima de la blancura intacta del papel. Era un animalito muy leve. Se veía como una crucecita negra, ínfima, contrastando con el vasto desierto de la hoja en blanco. Le veía sus dos alitas, recogidas

a medias, y el cuerpito afelpado palpitaba apenas. Traté de observar a ese delicadísimo ser lo más cerca que pude. Mis enormes lentes se le fueron acercando. Temí que emprendiera el vuelo, pero ni se movió. Su ingenuidad no sospechó en ningún momento que quien lo estaba enfocando desde tan cerca era un asesino, un bichicida nato, acostumbrado a manotear sobre cualquier presencia intrusa, y además muy bien entrenado en la brutalidad de la muerte.

Lo vi tan frágil, tan cándido, tan ajeno al riesgo mortal que corría, lo sentí tan a mi merced, que me conmovió su descomunal desamparo. Sentí al insecto menos que un niño, casi como un tontito amable, lleno de una confianza escandalosa en las fuerzas del mundo, implantado con una irresponsable serenidad ante la vida, seguro de que la vida no traiciona a sus hijos inocentes.

Y eso mismo fue lo que quise confirmarle: que la vida es centralmente buena, que hay una santidad intrínseca en el ser de cada cosa. De modo que era preciso salvarle su candidez, su peligrosísima sanidad interior; mostrarle que nadie tiene derecho a quebrantar la paz de ser de nadie, seres o cosas.

Entonces bajé con todo cuidado la cara para no espantarlo, contuve la respiración para que no se fuera a sobresaltar, y dejé que mis labios llegaran a posarse mínimamente en el dorso apenas tembloroso. Lo rocé con extremada delicadeza, y el animalito sutil levantó vuelo, se sumergió en el aire oscuro, lo perdí. Pero no fue en absoluto una huida espantada. No hubo en su partida ni una señal de miedo, ni una agitación aterrada en sus movimientos de volar. Al contrario: levantó un vuelo calmo, pausado, en paz perfecta con el universo. Y conmigo. Porque fue un momento de junción, de concordancia sentida entre el insecto y yo. De amor, sí; debo proclamarlo muy alto.

El insectito se llevó en su vuelo mucho de mí; yo me quedé bajo la lámpara con lo más puro de su condición. Si nos volviéramos a encontrar, no importa dónde, ni cuándo, reconoceríamos conmovidos la bella unión que alcanzamos aquella noche.

Este episodio de comunicación besada puede inducir a un error que quisiera disipar cuanto antes. Yo no pretendo recomendar que andemos besando a cuanto insecto se nos cruce en el camino, o que acariciemos amorosamente a una silla, a un ómnibus o a una caña de pescar. Ni siquiera postulo que la comunicación afectiva con los objetos se haga mediante palabras, como podemos entablarla con un hijo, una novia o nuestro perro. Pienso en una corriente honda de comunicación que me conecte con la cosa inanimada en planos de enorme profundidad, que no requieran para nada lenguaje hablado o código gestual.

Jamás les hablo con palabras a los objetos de los que me enamoro; pero nos contactamos, no sabría decir cómo; nos entendemos desde la base misma. Y así somos capaces de desarrollar un afecto mutuo que nos mantiene dichosamente vinculados, a enorme distancia de los planos incidentales del vivir. Mi existencia no transcurre para nada en un universo frígido, en una especie de cementerio o depósito de entidades yertas. Yo vivo rodeado de calideces que las cosas me envían, y a través de ellas nos comunicamos sin necesidad de los instrumentos usuales.

Lo que pasa, quizás, es que acaso seamos sordos para esas impalpables emisiones comunicantes. Y así nos perdemos incontables hermosuras.

No es mi caso. Yo tuve la suerte de no perdermelas, porque le creí al niño que hubo en mí cuando desde temprano me hizo saber que "las cosas viven". Y de ese modo me habitué a andar abierto a las cosas, y en eso voy, sin pretender que nadie me acompañe por ese camino.

Y cuando se marcha así, inserto dentro de una vastísima trama de afectividad, todo el universo se nos vuelve vivo. Si llamamos a las puertas de lo inanimado, veremos transformarse

el vivir entero. Cambiará el mundo, pero cambiaremos no menos nosotros. La práctica del vivir se nos hará más poblada, más hablante. Y más alimentada de sentimiento. Y más duradera también, porque una vida acompañada dura más que una vida baldía. La afectividad prolonga, adensa.

Quisiera hacerme la ilusión de que algún día se educará a la gente para una ampliación cuantiosa de su campo afectivo. Que no quedaremos siempre reducidos al ámbito de lo humano exclusivamente, y muy poco más, sino al revés: que se nos enseñará desde niños a sentir nuestra vinculación de fondo con las cosas que conforman nuestra cercanía, y más allá con las que componen el universo todo.

Y si dejamos libre a nuestra afectividad, si le permitimos obrar según su naturaleza, ella tenderá a volcarse (a volcarnos) hacia todas las cosas. Porque su condición es eminentemente expansiva. Y tiene tal potencia que, librada a sus espontaneidades, ella sola traspondrá las barreras de lo humano y se extenderá más allá, abarcando también a lo zoológico, a lo vegetal, a lo (presuntamente) inanimado. Ahí, recién ahí, nos sentiremos en nuestro quicio hondo, porque así somos en lo más visceral de nosotros: seres de vasta apertura hacia lo Otro, necesitados de universo, ávidos de lo no humano, capaces de sentirlo como cosa nuestra.

Me entusiasma pensar que llegará un día en que al despertarnos por la mañana y levantar la persiana de nuestro dormitorio, no lo haremos como el primer acto mecánico y rutinario de esa jornada, sino para recibir con gozo a la luz, la hermosísima luz, de la que estaremos enamorados; y sabremos que la luz llegará volando hasta nosotros, urgida, ansiosa, porque también ella anda enamorada de lo que somos.

Ese día nos lavaremos las manos, no para lavarnos las manos, sino para intercambiar nuestra ternura con el agua que es también nuestra amante. Y vivir será lo que tiene que ser, aunque hoy estemos tan lejos de saberlo: el encuentro constante, momento a momento, de dos enamorados ávidos, el mundo y nosotros, y ninguna otra cosa menos que ésa.